AULAS DE VERANO

Instituto Superior de Formación del Profesorado

CANON Y LECTURA

José María Pozuelo Yvancos

LA SEDUCCIÓN DE LA LECTURA EN EDADES TEMPRANAS

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

CANON Y LECTURA

José María Pozuelo Yvancos
Universidad de Murcia

El descrédito de la literatura.

Cambio de "paradigma".

Postestructuralismo.

La retórica de la crisis.

Concepto de tradición literaria.

BIBLIOGRAFÍA.

A pesar de las apariencias, no vivimos un buen momento en la defensa de las Humanidades en general, y la lectura de los clásicos en particular. Aunque socialmente se haya instaurado en España un cierto consenso acrítico sobre la necesidad de las Humanidades en los curricula de los estudiantes de Secundaria y nadie se atreva a negar su importancia, y aunque sea fácil imaginar comisiones ministeriales que llegan a conclusiones generales sobre su necesidad, de hecho, y al margen de que una cosa sea predicar y otra dar trigo (es decir, es más fácil proclamar un principio que llevarlo bien a su práctica cotidiana, y eso lo saben bien los profesores de Secundaria, que asisten inermes al desinterés de los estudiantes por unos autores que simplemente han dejado de formar parte de su mundo, y los sienten como cultura ajena a ellos), al margen de esto, digo, el descrédito de la literatura tiene raíces más hondas y sobre algunas de ellas me propongo hablar.

He utilizado un sintagma, ***El descrédito de la literatura,*** que como saben ha sido elevado a título general de un conjunto de ensayos del profesor García Gual, recientemente publicado. Y el sentido de mi

exposición será tomar como punto de partida algunos de los problemas que los ensayos iniciales de tal libro ponen sobre la mesa, situándolos en el contexto general de los debates en torno al canon, problema sobre el que vengo investigando desde hace años. Porque los debates en torno al canon que han sido y son furibundos en las universidades de Estados Unidos y que pronto pueden visitarnos, por mor de la experiencia exportadora que aquella cultura tiene sobre la nuestra, han evidenciado, en primer lugar, un cambio de escenario en la que podríamos llamar "crisis de las Humanidades". Desde un escenario externo se ha pasado a un escenario interno, de tal forma que los principales detractores del canon clásico, no se encuentran fuera de los estudios de Humanidades, sino en su interior, a menudo son profesores de Literatura o de los conocidos como *"cultural studies"*. Este cambio de escenario de la batalla de las Humanidades tiene una enorme importancia y lo hace más dificilmente combatible, porque introduce unos problemas diferentes y de mayor calado que cuando el escenario era externo a los estudios literarios, esto es, cuando se trataba de una pugna entre el conjunto de las Humanidades en su posición defensiva frente a la ideología tecnocrática que imponía, y sigue haciéndolo, unos curricula favorecedores de una formación tendente a la práctica profesional utilitaria y directamente instrumental. Frente a esa ideología tecnocrática las Humanidades podían entenderse como un conjunto ciertamente homogéneo o al menos coherente: siempre habíamos sabido que la defensa del griego y el latín era homogénea y directamente concordante con la defensa de la historia y de la filosofía o del arte o de cada literatura nacional.

Pero ¿qué ocurre cuando los principales ataques al canon clásico proceden de los colegas vecinos, es decir, de quienes en el interior de los estudios de Humanidades vindican el fin de los curricula basados en los autores clásicos por verlos identificados con una ideología conservadora y con la defensa de un orden politico, sexual, social o racial determinado? A este problema me quiero referir, y a los arguementos en pro y en contra de los clásicos esgrimidos en tales debates.

La primera constatación para quien se acerca a los *cultural studies* norteamericanos es que se ha roto el consenso mínimo sobre el que se asentaba no sólo el concepto de clásico, sino también, y por metonimia no arbitraria, el concepto de Literatura. Si hace unos años decir Literatura o decir clásico era una referencia indiscutida por estar asentada

en un horizonte compartido de valores y de principios, ese consenso es hoy inexistente. Lo diré de otra forma: cuando Jorge Luis Borges o Italo Calvino escribieron sus hermosos y hondos ensayos, pese a la brevedad de ambos, sobre el elogio de los clásicos y su importancia para el hombre de hoy, no tuvieron necesidad de establecer ningún *"a priori"* ni justificar su posición más allá del indudable beneficio espiritual que al conocimineto del hombre y del mundo le habían propinado las lecturas de Homero, de Virgilio, de Petrarca, de Cervantes, de Milton, o Tolstoi. El *a priori* venía dado por la misma naturaleza del objeto de lectura, por su propia constitución valorativa. Hoy la situación es bien distinta. Y para que tengan una percepción más directa de los disensos actuales en el seno de los estudios de humanidades, me voy a referir a las conclusiones programáticas del conocido como *Bernheimer report*, que se ha publicado recientemente por la Universidad de John Hopkins en un libro titulado *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism* (1995). Charles Bernheimer es el actual Presidente de la Asociación Americana de Literatura Comparada y el informe cuyas principales conclusiones voy a resumir es el conjunto de propuestas programáticas que ese Presidente planteó para ser aprobadas en la Asamblea de la Asociación. Tiene, por tanto, un valor institucional que excede en significación a cualquier propuesta individual, pues la propuesta se entiende representativa de los principios programáticos de esa Asociación de profesores de Literatura Comparada.

El interés que tiene es triple porque como se sabe, la Teoría Literaria es practicada en Estados Unidos en su mayor parte en el seno de los estudios y Departamentos de Literatura Comparada; se añade a ello que Bernheimer recoge los dos informes anteriores, el de H. Levin de 1965 y el de R. Greene de 1975, lo que permite contrastar y ver el enorme salto –y fractura– entre los dos primeros informes, relativamente semejantes en cuanto a la configuración y diagnóstico de los problemas; un tercer interés lo proporciona que el libro recoge tanto el informe Bernheimer como las respuestas que a él dan muy diversos y prestigiosos teóricos norteamericanos como P. Brooks, M. Riffaterre, J. Culler, M. L. Pratt, etc. Atenderé sucesivamente a las propuestas del informe y a algunas de sus alternativas críticas.

En la Introducción a su libro ya marca Bernheimer una autoconciencia de las profundas transformaciones de la teoría y la Literatura Comparada desde el informe de Levin. Explícitamente se refiere a

que la *"ansiedad del comparatismo"* proviene de que se ha pasado de comparar literaturas a *"comparar teorías sobre la comparación"* [1] y sitúa el problema del canon como crucial en el nuevo horizonte teórico, en la medida en que la política del multiculturalismo se basa en gran parte en la revisión del canon desde la demanda ética de reconocimiento de la marginación cultural de grupos étnicos, geopolíticos y sexuales, con dos objetivos:

> *"First, the canon should be representative not just of European high culture but also of the diversity of literary productions throughout the world. Second, the works chosen to be included in a revised canon should be representative of the cultures in which they were created. Both part of this program assume a 'reflectionist' view of literature's realtion to the cultural site of its production. The work's value is perceived as residing primarily in the authenticity of the image it conveys of the culture it is taken to represent, politically and mimetically"* [2].

A pesar de que el propio Bernheimer enumere los problemas que un programa así definido suscita, especialmente esa idea de "autenticidad" y el punto de vista que la define, no es menos sintomático que se escriban programas que afirmen que el valor literario residirá en esa política del reflejo mimético de los político, que la teoría literaria había creído ver superada ya, incluso en sus estadios menos sofisticados. Mucho ha tenido que cambiar el contexto de la teoría para que se escriban afirmaciones como las citadas.

Del informe propiamente dicho elaboro una síntesis de los puntos en que Berheimer cifra los objetivos de la nueva teoría en la edad del multiculturalismo, para el programa de graduados en Literatura Comparada [3].

1. La Literatura Comparada debe tener como foco de atención las prácticas discursivas, y las producciones culturales complejas, sin limitarse a los textos literarios. La noción de verdadera interdisciplinariedad es un desafío que debe llevar a los comparatistas a teorizar sobre ella. Debe moderarse la atención sobre la "alta literatura" para

---

[1] BERNHEIMER, Ch. (Ed.). *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism.* 1995. Pág. 5.

[2] BERNHEIMER. Opus cit. 1995. Pág. 8.

[3] BERNHEIMER. Opus cit. 1995. Págs. 42-46.

examinar el contexto discursivo en que tales textos se ha creado y se han construido tales valoraciones sobre su altura. Ello no significa abandonar los estudios retóricos, prosódicos y formales, pero esa textualidad precisa lecturas que den cuenta de los contextos ideológicos, culturales e institucionales en que los significados se han producido.

2. El conocimiento de varias lenguas extranjeras es la razón de ser del comparatista. Al menos dos literaturas han de ser estudiadas en su lengua original y para los estudios de literaturas antiguas europeas, arábigas o asiáticas deben conocerse las lenguas clásicas. Debe investigarse además de la creatividad lingüística y del significado literarios, la formación de los conceptos de nación, y las resistencias y acomodos respecto a la hegemonía cultural. Bernheimer enfatiza luego el estudio de los grupos internos y las diferencias de religión, género, clase y estatus colonial o poscolonial de las naciones cuyas literaturas se estudian.

3. A pesar del requerimiento de varias lenguas, deben mitigarse las viejas hostilidades hacia la traducción. De hecho, la traducción puede ser un paradigma donde se debatan más amplios problemas de cruces de tradiciones.

4. La Literatura Comparada debe comprometerse activamente en el estudio de la formación del canon y de una nueva concepción del mismo. Debe prestarse atención al rol de las lecturas no canónicas sobre los textos canónicos, lecturas nacidas desde varias perspectivas contestatarias, marginales y subalternas. El esfuerzo para producir tales lecturas ha dado preminencia recientemente, por ejemplo, a las lecturas feministas y de la teoría poscolonial y debe completar la investigación crítica sobre los procesos de la formación de un canon– cómo los valores literarios son creados y sostenidos en una particular cultura.

5. Deben reorganizarse los centros de atención restando privilegio a las perspectivas eurocéntricas y angloamericanas, ampliando el campo de estudio a literaturas no contempladas tradicionalmente.

6. La Literatura Comparada debería incluir comparaciones entre los medios de comunicación de masas, guiones televisivos, hipertextos y realidades virtuales. El material que ha guiado la atención

durante siglos, el libro, ya no es exclusivo soporte de nuestro estudio. Y debe hacerse tanto en el análisis de los fenómenos discursivos como de sus diferentes contextos epistemológicos, económicos y políticos.

No es lo más significativo el carácter ambicioso de un programa que llevaría al comparatista a saber de todas las ciencias y de todos los contextos: no sería suficiente con saber lenguas, también sociología, historia política, económica, lingüística, filosofía, etnografía etcétera. Lo que más interesa como contexto al debate del canon es que un programa así sitúa como objetivo central la reevaluación del canon literario tradicionalmente consagrado y da prevalencia a las literaturas y los discursos anti-canónicos. Ya en el informe de Bernheimer se subraya lo que luego vamos a ver con mayor atención: una profunda quiebra del modelo epistemológico y teórico, pero también del *corpus* literario elegido, que guió los estudios comparatistas de H. Levin, G. Cohen o de R. Wellek. Es más, algunas intervenciones sobre el informe, como las que firma A. Appiah (1995), están construidas como crítica sistemática a R. Wellek con indisimulado sentido iconoclasta. El debate sobre el canon ha sido y es, también, un debate de discípulos respecto a maestros, de epígonos respecto a mentores y la difícil integración de comunidades científicas y sociales extrañas la una a la otra, con dos lenguajes diferentes y objetivos muy dispares. Tanto es así que una investigadora tan poco sospechosa de tradicionalista como es M. L. Pratt advierte al comienzo de su respuesta al informe Bernheimer: *"As the new report suggests, comparative literature in the United States seems to have be founded by a rhetoric of vigilance associated with the Cold War"* [4]. No en vano resulta patético, y muy ilustrativo de los nuevos contextos de poder académico, que dos "pesos pesados" de la teoría literaria americana de los años setenta y ochenta como son Peter Brooks y M. Riffaterre, directores de departamento en universidades del pretigio de Yale y Columbia, intervengan sobre el informe con unas propuestas que van casi a la desesperada defensiva. Riffaterre contentándose con que le dejen vivir en una "completariedad" del análisis textual y del comparatista, y Brooks, mucho más combativo, defendiendo una Poética o Teoría Literaria que fuese "lingua franca" de los estudios comparatistas y les proporcionara el soporte teórico necesario, si bien defendiendo claramente la literatura como un

[4] PRATT, M.L. En BERNHEIMER, Ch. Opus cit. 1995. Pág. 58.

objeto de estudio central (y no un objeto más entre otros) y considerando suicida esa disolución de los saberes tradicionales en un magma interdisciplinar que hace al comparatista un *amateur* en casi todo [5]. No deja de ser significativo que Brooks termine su alegato defendiendo que saber leer un texto es "virtud" no menos necesaria que las muchas virtudes morales predicadas por los estudios culturales [6]. J. Culler, que es otro teórico poco sospechoso de tradicionalista, tiene una intervención enormemente irónica bajo el título *"Comparative Literature, at Last¡"* en la que arremete contra la falta de especialización de las diferentes filologías que invaden todo el dominio de las Humanidades y todas las metodologías y saberes. Si los profesores de Inglés se dedican a escribir sobre la historia del cuerpo y los profesores de alemán sobre el filme modernista, puede que por eliminación quede al comparatista la humilde tarea de leer e interpretar los textos literarios y alcance en esa tarea, al fin, su especificidad [7].

Pero por muy irónicos que puedan ser los argumentos en contra las propuestas del informe Bernheimer, fueron aprobadas por mayoría y alcanzan a ser los principios programáticos institucionalmente consagrados que definen el proyecto de estudios comparatistas en América, con visible no sólo postergación sino, también, hostilidad hacia los estudios clásicos y las literaturas que los sostienen, definidas con el curioso sintagma de "Alta Literatura".

¿Qué ha ocurrido para que se dé este giro tan enorme en el interior de los estudios de Humanidades, sustituidos como "estudios culturales"? Me propongo explicarles muy someramente algunos contextos espistemológicos y sociales que ayuden a explicar este giro.

El primer contexto es un **cambio de paradigma** en los estudios literarios cuyo principal eje definidor sería la que propongo llamar con sentido autocrítico "Hipertrofia de la teoría". Bernheimer escribe una frase que no puede pasar desapercibida para un lector atento: *"se ha pasado* (dice y no lo dice como algo negativo), *de comparar literaturas a comparar teorías sobre la comparación"*. De hecho, todo el programa que he resumido se fija en los contextos ideológicos, raciales, históricos

[5] BROOKS, P. En BERNHEIMER, Ch. Opus cit. 1995. Págs. 99-100.

[6] Ibidem. Pág. 105.

[7] CULLER, J. En BERNHEIMER, Ch. Opus cit. 1995. Pág. 119.

y filosóficos de los propios estudios teóricos. En vez de estudiar un elenco canónico de textos, tendríamos que estudiar el prisma de la canonicidad, es decir, las condiciones epistemológicas, el saber, el punto de vista teórico que lo ha instituido como canon. Esto significa la prevalencia de lo secundario sobre lo primario, de ahí que sea esta preterición de lo primario en beneficio del edificio de la crítica el diagnóstico que movió la valiente reacción de George Steiner en su libro *Presencias reales,* un alegato contra el edificio de la teoría y de la crítica que ha sustituido a la cultura literaria directa, la que emerge del contacto con el texto, con la obra. Pero volveremos luego a Steiner. Primeramente quiero incidir en la importancia de este cambio de paradigma que supone la hipertrofia de la teoría en la crisis de las Humanidades.

Se ha abusado en la historia de la teoría con frecuencia del *concepto de "cambio de paradigma",* atrayendo a nuestro campo tal concepto en el sentido en que Kuhn (1962) lo definió. Consecuencia de tal abuso ha sido que las sucesivas transformaciones metodológicas vividas en el seno de la teoría literaria durante el siglo XX se hayan autodefinido como "cambio de paradigma". De tal forma, por poner un ejemplo, H. R. Jauss [8] autocalificó el nacimiento de su propuesta conocida luego como *"estética de la recepción"* como un nuevo paradigma de los estudios literarios. Este nuevo paradigma habría modificado los dos anteriores: el biográfico historicista del siglo XIX, centrado en la relación de la obra con su autor y el formalista-estructuralista que lo modificó, centrado en las propiedades de la llamada, allegando el sintagma de Paul Valèry *"obra en sí"*. El tercer cambio, que Jauss (1967) presentó como provocación o desafío, hacía emerger la dominancia de la recepción, de la lectura e interpretación histórica como nuevo pivote de los estudios teórico literarios. Ciertamente, esos tres giros se han dado en la teoría de nuestro siglo y han supuesto sucesivas e importantes variaciones en el método teórico y en sus derivaciones analíticas o críticas.

Pero a medida que se ha ido conociendo, en parte por la difusión de Ingarden, la poderosa influencia en la teoría literaria de la filosofía fenomenológica de Husserl, que se situaba en la base tanto de las propuestas formalistas como de las de la estética de la recepción, se ha podido ver que la oscilación en la dominancia de la obra o del lector,

---

[8] JAUSS, H.R. *"Histoire et histoire de l'art"*. 1973. Págs. 106-107.

lo eran en el seno de un mismo paradigma, que podríamos llamar "semiótico", que establecía el conocimiento de la obra literaria según diferentes "estratos" en la terminología con que Ingarden (1931) los recorrió. La obra literaria era un conjunto semiótico de interrelaciones entre diferentes estratos, cuatro, según el teórico polaco los clasificó: el fónico, el del significado de las palabras y frases, el de los objetos denotados y el de la apariencia de los objetos.

El lugar de la interpretación operaba como una relación en el seno del circuito comunicativo y el énfasis de cualquiera de los elementos de ese circuito deparaba modificaciones de método.

La teoría literaria de hoy, en cambio, ya no se mueve en el interior de tal circuito, es más, lo que ha sometido a crisis es el circuito mismo, y no porque no se reconozca un emisor, un signo y un receptor, sino porque lo que ha sometido a desplazamiento del centro de su interés es la relación entre el circuito semiótico y los sujetos que lo estudian. La pregunta ya no es sobre el sentido o los sentidos de la obra literaria, en la dinámica de sus estratos comunicacionales, sino el lugar mismo de la Teoría y cuáles son los papeles históricos y sociológicos de los ejecutantes de la propia Teoría. La pregunta dominante hoy en el panorama de la Teoría literaria es ¿ qué intervención tienen los sujetos (individuales pero sobre todo colectivos) en la construcción de la Teoría? Por consiguiente: la teoría misma como nueva **obra.** La obra literaria se ve de ese modo como un intercambio y una dialéctica no sólo entre quienes la leen y los sentidos de esa lectura, sino entre los que la **trabajan** y la administran, guiando y operando en los procesos de selección tanto del corpus de textos como de sus interpretaciones plausibles.

De este cambio es un signo muy sintomático la centralidad y recuperación actual de una cuestión como la del canon y la serie de problemas conexos al debate del canon, que he recorrido en otro lugar [9]. Diríamos que la emergencia de esa cuestión tiene que ver con esta modificación del estatuto de la teoría que hace prevalecer, previa a la interpretación de las obras, qué obras han de ser objeto de la interpretación y por qué esas y no otras. De ese modo, el auténtico protago-

[9] POZUELO, J.M. *El canon en la teoría literaria contemporánea.* 1995.

nista de la teoría actual no es ya cualquiera de los estratos de la interpretación, sino que ha devenido central lo que podríamos llamar manejando el título de un ensayo de F. Kermode (1979) *"el control institucional de la interpretación"*. Los sujetos de la lectura han cedido el paso, en el nuevo circuito, a los que podríamos llamar *"los sujetos de la Institución lectora"*, quienes deciden esa lectura y sus modos, estrategias y principios selectivos. En este nuevo horizonte interpreto, junto a la centralidad obtenida por el debate en torno al canon, otra centralidad que le es contigua y que tiene que ver con la cuestión de las Humanidades: la cuestión pedagógica y en un sentido amplio la de la política cultural.

Este nuevo objeto de estudio ha provocado un desplazamiento de la Teoría Literaria y de la Literatura Comparada hacia las esferas político institucionales de su propia constitución. Elegir una Teoría no es solamente elegir un instrumental metodológico para un objeto definido e incuestionado, sino elegir sobre todo un lugar desde el que definir ese objeto. La evidencia de que el objeto literario es una consecuencia de un lugar teórico previo ha provocado que el campo de la Teoría como lugar epistemológico y político sea el principal punto del debate actual.

Lo que ha cambiado, por tanto, hoy, es el **sujeto** de la teoría, tomado este término en su sentido etimológico, que afecta tanto al tema y a su intérprete, por cuanto el tema lo define el propio intérprete en el conjunto de su actividad. Es la constitución de las pretensiones cognitivas y a menudo éticas del sujeto que administra la teoría la que se discute preferentemente en la bibliografía teórica actual. Esta interrelación que acabo de plantear entre sujeto de la teoría como tema y como intérprete puede coincidir con la noción recientemente elaborada por Godzich [10] de **campo,** que resulta a su vez influida por la de Bordieu y Dubois.

"Lo que acontece en el juicio estético no es un evento singular sino la demarcación de un campo en cuyo interior los sujetos se constituyen como entidades que habitan un determinado conjunto de condiciones espacio-temporales, de tal modo que éstas definen su comunidad, o como lo denominaría Heiddegger, su destino... Definida de

[10] GODZICH, W. *Teoría literaria y crítica de la cultura.* 1994. Pág. 331.

esta manera la noción de campo se vuelve prioritaria con respecto a las nociones de objeto y sujeto cognitivos, para no mencionar la teoría [Pozuelo: pero creo yo que es pertinente precisamente su mención ahora]. *Es una condición de posibilidad para la elaboración de estas nociones, que, de este modo, se interrelacionan para constituir la dimensión cognitiva de la cultura delimitada por el campo. Dentro de esta cultura se construye el aparato de conocimiento y se le asignan los papeles a las disciplinas."*

La teoría de hoy vive plegada fundamentalmente a las condiciones de constitución de este campo como espacio de conocimiento literario. La Teoría es el campo en el que una obra literaria opera y actúa, y delimita las condiciones del sujeto cognitivo y al mismo tiempo de la propia obra como objeto, en la esfera de la actividad de esa comunidad o campo. Es en este contexto de definición del campo donde deben integrarse la mayor parte de los debates actuales.

Hay un segundo escenario de la crisis contiguo al delimitado hasta aquí, y lo denominaré escenario pedagógico. Es conocido que las actuales polémicas teórico literarias se desarrollan en los departamentos universitarios de Estados Unidos y, aunque no es éste el lugar ni el momento de historiarlos, es visible que la pugna por la Teoría y el énfasis sobre el nuevo objeto que acabamos de definir como *campo* obedece en gran medida a la propia historia y al mapa de reparto de poderes en el seno de la Institución literaria americana. Tanto la prevalencia del hegemónico *New Criticism* en los Departamentos de Literatura Inglesa, como la preterición de la teoría a los de Literatura Comparada, como un cierto sentido de desarraigo tradicional de la Institución literaria norteamericana hacia la teoría ha propiciado, además, que buena parte de las virulencias de los debates se deban a la importación de modelos teóricos ajenos, fundamentalmente los europeos, que han sido seleccionados por los oponentes al sistema hegemónico precisamente de aquellas zonas más criticas y antisistemáticas de la propia teoría, es decir, de aquellas que pusieron de relieve la crisis del ideal de cultura basado en los fundamentos de la racionalidad. Se ha preferido combatir desde Derrida o Foucault a hacerlo desde Lotman o Jauss.

Ciertamente son muchas las causas concurrentes para la virulencia de la teoría en el debate americano pero a nadie se le oculta que

las bases teóricas de los estudios feministas, poscoloniales y étnico-literarios, han supuesto que el escenario de la crisis sea de pugna fronteriza desde la periferia al centro del sistema de administración de lo literario. Esta pugna tiene, cómo no, causas y explicaciones sociológicas muy complejas, y en cierto modo dependientes de una sociedad plural y rica, mestiza en todos sus aspectos. Pero en cierta medida fue también la resistencia tradicional del *scholar* americano a salir del *New Criticism* y su cierta impermeabilización hacia la teoría literaria, la que ha propiciado que la nuevas propuestas teóricas hayan nacido con una dimensión de resistencia y una fuerza vindicativa que le ha hecho, además, tomar como modelos teóricos los núcleos más antisistémicos y más periféricos de la propia teoría, si la miramos desde un prisma europeo, si bien esos núcleos devienen aquí centrales por el efecto de importación de aquellos ecos y aquellas resonancias.

Los movimientos que se iniciaron con el llamado **postestructuralismo** y que encontraron en la deconstrucción derrideana o en las teorías de Foucault un argumento para la lucha, fundamentalmente los movimientos conocidos como *New Historicism* o los **estudios culturales** que aúnan las propuestas de la teoría feminista, los estudios de género o de clase, la emergencia de una teoría de la literatura poscolonial, etc., todos estos movimientos muy vivos hoy, vienen aportando a la teoría una especie de amalgama de procedimientos y estrategias cuya base común es la de un "radicalismo cultural", que más que buscar su lugar como movimientos en el seno de un pluralismo interpretativo plantean cuestionar las bases mismas de la noción de cultura o de Literatura y oponen su resistencia a ser situados como "parte" en el mismo reino de ese pluralismo. El conflicto de las Humanidades es algo más que un conflicto interpretativo, implica un cambio en el mapa de la administración del poder y en el control institucional de esa interpretación. Lo que emergen no son unicamente nuevos textos, sino nuevos sujetos interpretativos, nuevas *identidades* culturales, una vez se declara rota la idea de la "identidad cultural" consensuada por la tradición liberal centroeuropea.

Curiosamente, el fuerte componente radical de la teoría actual, cuando se trata del conflicto de las Humanidades, ha nacido en un marco estratégico político de quiebra de los que Lyotard (1978) llamó los *"grandes relatos"*, incluso aquellos que habían tenido una proyección polìtica concreta como el marxista. Paradójicamente está siendo

en la era del crepúsculo de las ideologías como sistemas de proyección política y en la era de la globalización que impone un modelo de pensamiento único neoliberal, cuando la teoría literaria vive felizmente en un enclave profundamente ideológico, que yo llamaría radical, y no solamente por la naturaleza subversiva respecto a los principios dominantes que pueden suponer los *gay estudies* o los frentes postcoloniales respecto a los valores morales de ese orden único, sino, sobre todo, por otro componente esencial de la voz radical, el etimológico: el conflicto de las Humanidades es radical porque pretende afectar al orden de la cuestión de principio: a qué y por qué llamamos Humanidades, y a qué y por qué llamamos Literatura.

Este estado de cosas que he intentado describir y que cuestiona incluso el lugar de la Literatura ha provocado como era de esperar reacciones diversas y contrarias a la disolución de la cultura literaria y a favor del canon clásico. Pero no todas las reacciones han sido igual de afortunadas y no siempre se justifican con argumentos sólidos a los que no se les pueda tildar de parciales o de interesados ideológicamente. Una de las primeras reacciones fue el libro de Alan Bloom, que con el título original de *The closing of american mind,* ha sido traducido al español sustituyendo el adjetivo americana por moderna. Ya Carlos García Gual en su amplia reseña de la versión española de este libro señaló lo significativo de tal cambio. Y el caso es que las tesis de Alan Bloom y en especial su alarma por el declive de la cultura entre nuestros jóvenes y los datos que ofrece sobre la cultura media del universitario americano son tan pavorosos que no pueden sino suscribirse. Pero tampoco podemos olvidar que el adjetivo americano que figuraba en el título era también pertinente al contenido del alegato, por cuanto entendía Bloom la defensa de la lectura de los autores literarios canónicos como una salvaguarda de los valores de la que llama civilización occidental, y, por tanto, sitúa el canon literario peligrosamente solidario de un sistema político y de un modo de administración concreta del neoliberalismo de la era Reagan, con cuya administración estuvo vinculado. De ese modo y para desgracia de quienes amamos por otras razones la misma literatura que él, no podemos estar de acuerdo con una especie de vinculación no deseada entre tradición y tradicionalismo, o entre preservación de la cultura y conservadurismo ideológico. En el libro de Bloom, el ideal clásico se subordina o se hace una "sinécdoque" de la civilización occidental a cuyo frente está el liberalismo americano. Y surge la perplejidad de quienes queremos defender la li-

teratura clásica desde una posición progresista y como un signo en absoluto concomitante con ninguna idea de conservadurismo académico o político.

También, desde estas posiciones, nos situamos perplejos ante el otro Bloom, Harold, cuyo *Canon Occidental* también se abría con una elegía del viejo orden que combate las lecturas psicocríticas, feministas, deconstructivistas y foucoltianas como hijos de la Escuela del Resentimiento. Pero frente a los ataques que los *cultural studies* hacen del canon tradicional, no me parece a mí que sea una defensa inteligente, ni siquiera bien fundamentada la de Harold Bloom, como ya sostuve en otro lugar. Dos talones de Aquiles tiene el canon occidental de Bloom: su parcialidad, puesto que el autor más antiguo que incluye es Dante, y si no está Homero, ni Virgilio, ni Petrarca qué difícil se hace la defensa de un canon como tal. La centralidad shakespeariana del canon y su anlocentrismo lingüístico someten el canon de Bloom a un espejo de sus gustos, y también de sus limitaciones, es decir, es un canon construido a imagen suya, y, por tanto, no un canon, sino un elenco de lecturas. El segundo talón de Aquiles es que basa la idea de canon en una acrítica noción romántica como la de originalidad y fuerza creadora, que casa mal con el concepto mismo de tradición clásica, que no tuvo esa idea de originalidad romántica sobre la que construye Bloom su canon, precisamente como horizonte de canonicidad. Bien podía haber leído mejor Bloom el famoso ensayo de T. S. Eliot para concebir el orden de la tradición menos vinculado a una estética particular como la Romántica. Y es ése el lugar en que resulta insatisfactoria la defensa que hace Harold Bloom del canon, pues que es su canon, y por las mismas razones que él aduce se podría defender un canon contrario.

De entre la serie de reacciones, dejando aparte la muy bien fundamentada, pero, asimismo, conservadora de Alvin Kernan, en *The death of Literature,* que ha merecido una glosa de García Gual recogida en el libro citado antes, junto a las reseñas de los otros libros que vengo citando, querría referirme a la posición de George Steiner, cuyo libro *Presencias reales* acaba haciendo contiguos la defensa de la lectura, que todo lector suscribe y más dado el brillante historial y estilo de Steiner, pero hace contigüidad, digo, de esta defensa de los grandes libros con una especie de trascendentalismo religioso de experiencias inefables que difícilmente son suscribibles por un agnosticismo ilus-

trado, que estaría de acuerdo, otra vez, con todos los libros que Steiner cita, pero no con el significado trascendental que atribuye a la experiencia de su lectura. Mejor defendido está tal canon clásico en las entrevistas que el propio Steiner concedió a Ramin Jahanbegloo y en páginas de su libro *Errata*. El examen de una vida, a las que luego me referiré.

Y es que creo que por esta vías de defensa el canon clásico no está bien tratado, porque se ofrece de los clásicos una imagen conservadora, como depositarios de un viejo orden intelectual o ideológico, que en aboluto es convergente con la realidad histórica de sus textos y con el embite fuertemente valiente y contra un tradicionalismo inmovilista que Cervantes o Shakespeare o Sófocles tuvieron que librar. Permítaseme que dedique la última parte de mi exposición a esta cuestión. ¿Hay una forma progresista y no tradicionalista de defender la tradición literaria clásica? Creo que sí y esa forma coincide con la denuncia de aquello que comparten curiosamente tanto los tradicionalsitas como los miembros de los *cultural studies*, que no están tan alejados ideológicamente como ellos creen. Ambos, en efecto, los tradicionalistas que entienden la clasicidad como depositaria de un concepto de identidad europea o americana o liberal o democrática o de cualquier otro signo de identidad nacionalista, son concordantes con los que defienden un canon alternativo fundamentado asimismo en otras identidades, sean raciales o etnográficas o sexuales o de minoría social cualquiera. En definitiva, los tradicionalistas y los ultramodernos estarían de acuerdo en lo fundamental, aunque a ellos les resulte sorprendente: en que la literatura es el sustento de etnografías imaginarias o de valores ideológicos o sociales definidos, y que a cada grupo de esas etnografías le conviene una literatura a través de la que se expresa o emerge su particular idiosincrasia nacional, racial, sexual, etc.

Creo que el concepto de clásico es justamente el contrario: un clásico, ni ninguna forma de canonización, puede edificarse como defensa de identidades, sino como una apuesta por la diferencia, por la otredad, por el valor de quien es extranjero a mí. La literatura es el espacio donde reina la comunicación con el otro, con el no yo, y, precisamente, sólo la gran literatura es capaz de exceder la primitiva circunscripción de su espacio comunicativo a los contextos de su producción o de su primitiva intención histórica. Y vengo a defenderlo en lo que sigue.

La **retórica de la crisis** ha generado, en efecto, una idealizada imagen de los clásicos, de los grandes autores de la tradición literaria, como si la literatura clásica fuese una garantía de estabilidad y de unidad frente al caos o pueda ajustar cuentas contra ese caos oponiéndole un espacio de valores comunes que sustentan ideológicamente una posición conservadora en los estudios literarios. Pareciera que Homero, Petrarca, Cervantes, Shakespeare, Milton, Flaubert, Dickens, Tolstoi o Baudelaire tuvieran en común actuar como depositarios de un bien cultural uniforme y estable que anteponer como defensa (cuando no como arma arrojadiza) contra el maremágnum caótico de literaturas emergentes ajenas al canon ahora llamado eurocéntrico, y que tiene a escritores blancos, muertos y occidentales como los representantes de una estética de la unidad y cohesión del sistema. Curiosamente, de esta visión están siendo responsables tanto quienes así explícitamente la defienden, como W. Bennet, R. Kimball, Hirsch, los dos Bloom, etc., como sus detractores, que identifican la lucha a favor de una estética de la resistencia y de la diferencia con la lucha contra el canon que esa tradición dice sustentar. Considero que en el debate actual de la teoría, el déficit más flagrante radica en la ingenua e intencionada idealización a que la literatura clásica está siendo sometida por mor de sus detractores y sus defensores.

Los defensores de la gran tradición hacen flaco servicio a la lectura de los autores que la forman (sea este elenco más o menos extenso y coincida o no con nuestra particular antología, pues ya sostuve en otro lugar que un canon nunca es una antología personal) al imponer la justificación de las humanidades como un estudio propedéutico encaminado a educar a los alumnos en las grandes producciones del pensamiento y la estética que se predica universal y de cuya constitución variable y selección muchas veces convencional no se habla. No es discutible sólo esa universalización en el cronotopo ideológico y muy controvertido que conocemos como Occidente, sino el principio de unidad que se supone a esa tradición situando a Homero junto a Virgilio y a Shakespeare como heredero de ambos, y a Cervantes en la misma estirpe de clásicos en una continuidad sin solución o fisuras. Es una evidencia que ni Shakesperare ni Cervantes fueron admitidos sin resistencias notables en tal canon, ni sus obras arrancaron de un lugar homogéneo para con los valores supuestos a la tradición clasicista, antes al contrario actuaron y actúan con potencialidades fuertemente subversivas para con el orden literario establecido en su época, y con-

servan, como los debates críticos continuos están revelando, iguales potencialidades subversivas, escenario como son de lecturas tan dispares y contradictorias como las que detentan hoy para el caso de Shakespeare los miembros del llamado *New Historicism,* con Allan Greenblat a la cabeza [11]. La alianza de un fundacionalismo y un universalismo profundamente reductores para con grandes obras literarias la está unificando en una suerte de familia cuya estabilización en un daguerrotipo inmóvil, bien para ser enmarcada o para ser denigrada, produce iguales idealizaciones, todas ellas al servicio de posiciones que allegan los clásicos a los lugares que nunca ocuparon ciertamente, a poco que se les lea con atención.

La cuestión fundamental hoy me parece a mí la de admitir que la lucha por los procesos de afirmación de una posición o de su contraria (que suelen generar exclusiones recíprocas) no utilice en su proceso de argumentación una imagen acrítica, vaga, llena de prejuicios o de parapetos que funcionan casi siempre como coartadas ideológicas tanto de la literatura emergente como de la literatura consagrada, cuya contraposición veo yo igualmente inútil. Habría que combatir, pues revela idéntico gesto, a quienes niegan o minusvaloran la existencia de literaturas emergentes por su sola condición de minoritarias social o estética o políticamente subversivas, o a quienes ponen en sospecha permanente para hacer un hueco en el sistema, a la literatura de Milton, de Stendhal o de Cervantes por el solo hecho de un presumible valor consagrado. A menudo, la defensa de los clásicos, es cierto, se programa como un cierre de filas, paralelo al que excluyó un día a ese clásico hoy venerado del canon tradicional de su tiempo. Imponer al clásico como si fuese "naturaleza" y suponerle depositario de los valores trascendentes de una cultura y una civilización forjada casi siempre al margen de sus obras y de lo que estas significaron como potencial de resistencia, es prestar a su defensa flaco servicio. Un clásico, precisamente, sería aquel que dice cosas diferentes a hombres diferentes, no la misma cosa a un hombre único.

La perplejidad de quien les habla es mucha cuando me asalta la convicción de que la literatura de los citados y de tantos otros conformadores de eso que se ha llamado tradición occidental no ha coin-

[11] VEESER, H.A. *The New Historicism.* 1989.

cidido históricamente con los intereses de quienes ahora se oponen a ella por considerarla representativa de una cultura de la identidad, cuando realmente lo fueron de la diferencia. Al final de su impresionante texto *Cultura e imperialismo,* Edward Said asegura tener una consideración extremadamente drástica sobre la cultura literaria que contribuyó a su propia formación y asegura *"su productividad, su diversidad de componentes, su fuerza crítica y a menudo contradictoria, sus rasgos radicalmente antitéticos y sobre todo su exquisita mundanidad y compromiso tanto con la conquista colonial como* (subrayado de Said) *con la liberación"* [12]. Significar el valor de Dickens como escritor colonialista o de Clarín como antifeminista y consagrar su contravalor en un orden relativo a la visión o posición ética del crítico actual es lateralizar inútilmente un texto y una tradición que no por estar globalmente inserta en una ideología particular pierde por ello sus potencialidades de significación contradictoria. La lectura deconstructiva que hoy se hace con frecuencia de grandes obras de la literatura romántica o incluso de la realista está, precisamente, evidenciando que esos textos son los más poderosos desmitificadores de las ideologías que se ha dicho sustentan.

Una obra clásica sería aquella que opone su resistencia a ser administrada por cualquier canon, es decir, aquella que impone una radical diferencia con la lectura que estabilice, o pretenda hacerlo, su significación en un momento preciso de la historia. La naturaleza del clásico coincide con la apertura de un problema hermenéutico y no con su cierre. Merecerían el calificativo de clásicos precisamente aquellos textos que se resisten a su reducción al momento de la cultura que los consagra, queriendo con tal consagración reducir su virtual energía transformadora. Un clásico sería el que opone resistencia con su energía a ser reducido al ergo de su canocidad como elemento estable de su lectura. Como el clásico depende de ese potencial, no se realiza nunca en un elenco cerrado de ocurrencias, sino en la virtual apropiación que el comentario y sucesivos comentarios diferentes hacen de esas potencialidades para hacerles sostener diferentes y aun contradictorios valores a lo largo de la historia de sus interpretaciones y comentarios [13]. En su reciente y hermosa autobiografía intelectual, publicada bajo el título de *Errata,* el gran crítico G. Steiner ha ofrecido una inte-

[12] SAID, E. *Cultura e Imperialismo.* 1993. Pág. 493.
[13] KERMODE, F. *Formas de atención.* 1985. Págs. 114-115.

ligente reformulación de la idea de clásico y de su pervivencia al invertir la cuestión planteada y el modo de resolverla por Kermode. Para Steiner, el clásico no es el que siempre es interrogado por las épocas a través del comentario, sino el que interroga. Escribe Steiner:

> *"Un clásico de la literatura, de la música, de las artes, de la filosofía, es para mí una forma significante que nos 'lee'. Es ella quien nos lee, más de lo que nosotros la leemos, escuchamos o percibimos... El clásico nos interroga cada vez que lo abordamos. Desafía nuestros recursos conciencia e intelecto, de mente y de cuerpo... El clásico nos preguntará ¿has entendido?, ¿has re-imaginado con seriedad?, ¿estás preparado para abordar las cuestiones, las potencialidades del ser transformado y enriquecido que he planteado?"* [14].

El problema de la teoría hoy no radica, a mi juicio, en administrar los controles para que unas voces se oigan y otras sean amortiguadas, sino denunciar y resistirse al modo como se conceptualiza la literatura de manera provechosa para que esos silencios o esas amortiguaciones sean posibles. Los movimientos conservadores, más sistémicos, pero no sólo ellos, están propiciando un principio de subsidiariedad de la literatura para con los fines propedéuticos de un programa político de alcance pedagógico que viene fraguando en el sintagma *cultural literacy* del libro homónimo de Hirsch (1987); la literatura deviene en este programa una suerte de contenidos consensuados por una sociedad respecto a los valores en que quiere reconocerse para ser denominada y verse a sí mismo *culta, o democrática, o simplemente,* lo que resulta más preocupante, *americana* (igual pavor me causan española, andaluza y catalana cuando se conceptualizan como áreas de contenidos a la busqueda de una literatura que los soporte y anime).

La competencia literaria se viene definiendo entonces en adyacencia calificativa de una idea de cultura y de literatura que subyace a la propia selección y al sistema pedagógico que pretende sustentarla. Camina en dirección convergente con el concepto de "identidad" y también en convergencia con una idealización progresiva del dominio lingüístico. Una de las perniciosas consecuencias de esta imbricación de lo que es "competencia literaria" y "competencia lingüística" fue, quizá inadvertidamente, pero con el mismo potencial carácter defor-

[14] STEINER, G. *Errata. El examen de una vida.* 1997. Pág. 32.

mativo de lo que es la literatura, el sintagma "Lengua... (española, catalana, gallega) y su literatura..." que la LOGSE española ha consagrado para el estudio de la Literatura en sus diferentes niveles: ésta queda subsidiada a una idea de competencia lingüística instrumental, dependiente de un ámbito no únicamente lingüístico, sino, también, soporte de una identidad política. La literatura devendrá así "literacy" y la medida en que ambas nociones coincidan significará la reducción del potencial cultural que los textos literarios han tenido siempre no para confirmar o apoyar como meros instrumentos un saber lingüístico, o una identidad nacional o de cualquier otro tipo, sino para situar a los hablantes y lectores ante el reto de sobrepasar, de ir más allá de ese saber y de esa competencia, para saber interpretar no sólo las identidades sino, también, las diferencias, las "otredades", lo que pertenece a otros ámbitos y otras culturas.

El carácter múltiple y polisistémico del **concepto de tradición literaria**, de los originariamente controvertidos, siempre polémicos y discutibles orígenes de toda tradición, tendría que hacernos más escépticos y menos condescendientes con cualesquiera "imaginarios etnográficos" de cada momento que pretendan instaurarse a sí mismos como cimentados sobre fundamentos universales. Una cultura verdaderamente humanística es la que opta por saberse a sí misma Fabrizio del Dongo en un innominado Waterloo, confundido en un fragor de aquella que se define desde el punto de vista del general Bonaparte, dominando y denominando cada etapa de la batalla y cada cima de ese territorio en llamas.

El compromiso ideológico de la Literatura como soporte de las Humanidades ha de ser un compromiso crítico para con cada uno de los imaginarios culturales que se proponen fundamentos de la verdadera esencia de esa cultura, por el procedimiento y la responsabilidad que la teoría literaria tiene de mostrar, *sine ira et estudio,* esto es, de evidenciar empíricamente, la naturaleza convencional e histórica de cada uno de los procesos de su afirmación, de modo que la cultura y la literatura sea capaz de huir de cada uno de los reduccionismos a que quiere verse sometida por cada uno de los parapetos ideológicos que han nutrido las diferentes interpretaciones de los textos, incluidos los nuevos episodios de moralismo excluyente que las nociones de lo políticamente correcto vienen imprimiendo a los llamados estudios culturales, que peligrosa-

mente se deslizan hoy por una pendiente de "identidad" que sobrepasa ya las primitivas concesiones estratégicas al pensamiento fundado en el nervio revolucionario de lo antisistémico y periférico para edificar nuevos centros canonizadores con igual fuerza excluyente e igual comportamiento acrítico con el principio de "identidad cultural" que las que habían originado sus propias reacciones.

La literatura tendría que enseñarse en la medida en que se muestra inasequible a su reducción identificadora universal/local y permite a muchos hombres diferentes seguir sintiéndose así, otros, no el mismo lugar ni en ninguna suerte de *identidad* definida que la literatura luego viene a confirmar. El soporte ideológico que la Literatura puede proporcionar a las Humanidades es enseñar que lo que hay de perenne en los grandes textos obedece a que dicen cosas distintas a hombres diferentes, y no la misma cosa a un hombre único. Esa exaltación de la diferencia ha de fundamentarla la teoría en el orden histórico de su propia actividad y de los valores y nociones que tal actividad ha reificado, autoconsciente de los procesos y mecanismos de la reificación.

Cuando E. Said [15] se opuso, hace ya algunos años, a lo que él llamó una "teoría ambulante", es decir, aquella que ha convertido cada una de las teorías de la diferencia en una subespecialidad académica, neutralizando de ese modo, espacializándolo en territorios diversos cada uno con su frontera delimitadora y su canon sustentador, estaba haciendo una apuesta por lo que él ha llamado después una estructura *híbrida,* gravada con una serie de cargas, entrecruzamientos y superposiciones de factores, donde lo contradictorio o antitético no se disfrace o anule a favor de la construcción de una etnografía imaginaria que no coincida con el mundo entero y con estructuras simbólicas favorecederas de una complejidad donde nadie es *puramente* una cosa. Allega Said un hermoso texto de Hugo de San Víctor, un monje sajón del siglo XII que se inscribe muy bien en la lección que la literatura cotidianamente enseña:

> *"Quien encuentre dulce su patria es todavía un tierno aprendiz; quien encuentre que todo suelo es como el nativo, es ya fuerte; pero perfecto es aquel para quien el mundo entero es un lugar extraño. El alma tierna fija*

[15] SAID, E. *The World, The Text and The Critic.* 1983. Págs. 226-47.

su amor en un solo lugar en el mundo; la fuerte extiende su amor a todos los sitios; el hombre perfecto ha aniquilado el suyo" [16].

La labor más importante del teórico literario de hoy quizá radique en mostrar la literatura como el espacio de esa extrañificación, de esos territorios diferentes al nativo o a la identidad que se le presupone, quizá poniendo en evidencia en primer término que las representaciones de una identidad cultural son, asimismo, construcciones con sus agentes, propósitos y convenciones. El espacio literario incorpora al mundo de hoy un valor contrapuntístico, a menudo atonal y perteneciente a una topografía compleja y desigual, resistente a toda uniformización. La teoría literaria del futuro debe comprometerse contra la depauperación creciente del concepto de literatura tanto en topografías locales como en vagos imaginarios universales, ambos instrumentos o territorios de exclusión. La literatura ha ofrecido siempre un juego transformador de sus espacios transicionales, de su movedizas fronteras, de modo que culturas separadas se encuentran y baten, se confrontan en relaciones asimétricas [17]. No se trata, por tanto, de una erradicación simplista de las diferencias en una suerte de globalización trascendental a ellas, sino de admitir que la teoría, como la literatura misma, pueda actuar como espacio de complejidad hermenéutica donde las diferencias son no sólo reconocidas y comprendidas sino, asimismo, intercambiadas y discutidas.

[16] SAID, E. *Cultura e Imperalismo.* 1993. Pág. 514.

[17] PRATT, M.L. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation.* 1992. Pág. 4.

BIBLIOGRAFÍA

BARTHES, R. 1966. *Critica y verdad...* Siglo XXI. México, 1972.

BERNHEIMER, Ch. (Ed.). *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism.* The John Hopkins Univ. Press. 1995.

BLOOM, Allan. *The Closing of American Mind.* Harcourt and Brace. New York, 1987.

BLOOM, Harold. *The Western Canon. The Books an School of The Ages.* Harcourt and Brace. New York, 1994. (Cito por esta edición.) Hay versión española en Anagrama. Barcelona, 1996.

BROOKS, P. *"Must we Apologize?"*. En BERNHEIMER, Ch. (Ed.). Págs. 509-523.

CULLER, J. *"El futuro de las humanidades"*. En SULLÁ, E. (ed.). 1998. Págs. 139-160.

DOUBROVSKY, S. *Pourquoi la nouvelle critique? (A quoi sert la littèrature)*. Denoël/Gonthier. Paris, 1966.

GATES, H.L. 1992. *"Las obras del amo: sobre la formación del canon y la tradición afroamericana"*. En SULLÁ, E. (ed.). 1998. Págs. 161-187.

GODZICH, W. 1994. *Teoría literaria y crítica de la cultura.* Cátedra. Madrid, 1998.

GRAFF, G. *Proffessing Litterature: An Institutional History*. The University of Chicago Press. Chicago, 1987.

GRAFF, G. *"Other Voices, other Rooms: Organizing and Teaching the Humanities Conflicts". New Literary History,* 21. 1990. Págs. 817-839.

HIRSCH, E.D. *Cultural Literacy: What every american needs to know*. Houghton Mifflin. New York, 1987.

INGARDEN, R. 1931. *A obra de Arte Literaria.* Fundação Calouste Gulbenkian. Lisboa, 1973.

JAUSS, H.R. 1967. *"La historia literaria como desafío a la ciencia literaria".* En VV.AA. *La actual ciencia literaria alemana*. Anaya. Salamanca, 1971.

JAUSS, H.R. 1973. *"Histoire et histoire de l'art".* En *Pour une esthétique de la recéption*. Gallimard. París, 1978.

KAYSER, W. 1948. *Interpretación y análisis de la obra literaria.* Gredos. Madrid, 1954.

KERMODE, F. 1985. *Formas de atención*. Gedisa. Barcelona, 1988.

KERMODE, F. 1979. *"El control institucional de la interpretación".* En SULLÁ, E. (ed.). *El canon literario*. Arco Libros. Madrid, 1998. Págs. 91-112.

KUHN, T.S. 1962. *La estructura de las revoluciones científicas.* F.C.E. México, 1971.

LYOTARD, F. 1978. *La condición posmoderna. Informe sobre el saber.* Cátedra. Madrid, 1984.

MAURO, Tullio Di. *Storia lingüistica dell'Italia unita.* Laterza. Bari, 1993.

POZUELO YVANCOS, J.M. *El canon en la teoría literaria contemporánea*. Episteme. (*Eutopías* n.º 108). Valencia, 1995.

POZUELO YVANCOS, J.M. *"Critica y verdad, treinta años después".* En *Homenaje al Prof. Claudio Guillén* (en prensa). 1999.

PRATT, M.L. *Imperial Eyes: travel Writing and Transculturation*. Routledge. New York, 1992.

PRATT, M.L. *"Comparative Literature and Global Citizenship"*. En BERNHEIMER, Ch. (Ed.). 1995. Págs. 58-67.

ROCKEFELLER FOUNDATION. *The Humanities in American Life: Report of The Commision on The Humanities*. University of California Press. Berkeley, 1980.

SAID, E. *The Wold, The Text and The Critic*. Harvard University Press. Cambridge Mass., 1983.

SAID, E. 1993. *Cultura e Imperialismo*. Anagrama. Barcelona. 1996.

SCHWAB,G. *The Mirror and The Killer-Queen: Otherness in Literary Language*. Indiana University Press. Bloomington, 1996.

SENABRE, R. *"La creación de un mito cultural: el teatro nacional español"*. Ponencia de clausura del VII Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica: *Mitos*. Vol. I. Tropica. Zaragoza, 1998.

STEINER, G. 1997. *Errata. El examen de una vida*. Siruela. Madrid, 1998.

SULLÁ, E. (Ed.) *El canon literario*. Arco Libros. Madrid, 1998.

VEESER, H. Aram. *The New Historicism*. Routledge. New York-London, 1989.

YLLERA, A. *"Critica y verdad, un manifiesto polémico (Avatares, vicisitudes y precedentes de una polémica literaria)"*. En *Signa, 7*. 1998. Págs. 347-356.

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN,
CULTURA Y DEPORTE